

LA CRIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 19 de Mayo de 1917

AÑO XIII

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2

Número suelto cinco céntimos

N.º 461

Actualidad mundial y el Catolicismo

Hasta ahora no se ha ofrecido oportunidad de hacer algunas consideraciones, siquiera sean muy someras, acerca de ciertos acontecimientos que bien pueden calificarse de mundiales y que afectan directa o indirectamente a lo que más amamos los católicos, es a saber la integridad de las creencias católicas y el reinado de Jesucristo sobre individuos y naciones no menos que la conservación incólume de los fueros de Nuestra Madre Iglesia Católica.

Nadie a estas fechas ignora la gran metamorfosis política y social verificada cuando menos se esperaba en la nacionalidad rusa. Los periódicos de todos los colores hace ya días que vienen repletos de información acerca de esa sorprendente metamorfosis en todas las instituciones a las de mayor raigambre. De aquí que no radican en denominar Revolución rusa una gran novedad que tanto ha sorprendido al mundo. Los comentarios han reanudado y se han multiplicado a gusto y talante de las publicaciones y a tenor de los ideales y doctrinas por ellas sustentadas.

Una especialidad se ha observado al empezar a funcionar es a novísimos organismos; y es la de que los socialistas son los que predominan, si no en el número al menos en la influencia que pretenden ejercer en las alturas de los Poderes públicos y en el orden internacional al establecer relaciones con los demás Estados. Tres ministros ocupan puestos en aquel Ministerio flamante; pero sus nombres están de continuo circulando por las columnas de información de la Prensa de ambos mundos.

Como si fuera poco todavía los papeles de la secta socialista y sus afines se engolfan en hacer *calendarios* en tan accidentada atmósfera y llegan hasta hacerse ilusiones de estar próximo al triunfo que unos llaman *democracia obrera* y otros, sin eufemismos *socialismo*. No hace mucho que «El Liberal de Madrid» daba como asentado y como un hecho el triunfo del socialismo; en el mundo, funda su aseveración en el cambio radical, en la revolución de Rusia que asegura obedecer a la propaganda socialista y que ha operado el milagro (la susodicha revolución) de hacernos ver cómo las instituciones históricas más poderosas caen despedazadas al solo contac-

to de las ideas que hasta ayer se tenían por utópicas y locas; cita otros hechos que por cierto no son tan significativos ni mucho menos como pudiera serlo el de Rusia.

A nosotros no nos convence de ese hecho y de ese triunfo socialista ni *El Liberal* ni otros colegas adictos o no al socialismo. Empero no quiere esto decir que a los católicos no les haya de ser gratamente interesante el momento actual en que parece que se preparan en orden de batalla los adalides de las dos grandes ciudades: la de Dios y la de Satán, en actitud de librar la batalla decisiva entre el bien y el mal, entre Cristo y Babil.

Aventurada parecerá a algunos tal conclusión. No nos hubiéramos atrevido a formularla de modo tan rotundo, si no viéramos idéntico modo de expresarse en el gran diario católico romano «L'Observatore Romano», el cual viene, desde hace tiempo, desarrollando el tema del campo en el cual versan las discusiones y teorías de los principios fundamentales de la vida de todo hombre. Y sin vacilar añade: «Los dos campos de que hemos hablado siempre son: el de los socialistas y el de los católicos».

Con otro nombre se puede expresar ese campeonato que se prepara y se entablará con más pujanza a concluir esta asoladora guerra, castigo divino por la soberbia y desvío de la humanidad respecto de Dios, del Evangelio y de la Iglesia Católica en expresión del mencionado diario romano. Los católicos ilustrados saben a qué atenerse acerca del socialismo; por más que pretenda monopolizar la actuación en el terreno económico y social. Es ateo, y sin Dios no hay que prometerse si no es egotismo, catástrofes y la fuerza bruta por soberana.

X

DOS SONETOS

ANVERSO: A UN NIÑO

Infante tierno que aún no conociste de la vida terrestre, el oleaje, que has emprendido apenas tu viaje pues del paternal nido aún no saliste; aún no aparece tu semblante triste, ni sombra de dolor en tu visaje; aún habitar parece el paraíso en que sola inocencia el cuerpo viste. La suerte te acompañe en tu camino, simpático pequeño peregrino. Trabaja con ardor, con fe, y espera, mas cuenta no esperar todo de la era. Cultiva tu talento, si es fecundo; se te puede decir: ¡Tuyo es el mundo!

REVERSO: A UN ANCIANO

Noble semblante, triste continente, significar parece, glorias pasadas; tus profundas arrugas y tus canas, en lápida convierten tu ancha frente. Lápida de inscripción breve, elocuente, que el tránsito de las cosas tan humanas significas; condensas y hasta hermanas, paz, dolor, desengaño, juntamente. Sólo te resta ya, esperar la muerte, frío remate de tu impía suerte; Ya que el curso impetuoso de los años no perdonó vejez ni desengaños, y pues morir es ya tu solo anhelo, se te puede decir: ¡Tuyo es el Cielo!

RAFAEL LUENGO TARRA,

La mujer alemana y la guerra

¿Qué concepto tiene el lector de la mujer alemana?—aquel que no la conoce, por supuesto.

Un concepto equivoco, seguramente como el mio antes de vivir en aquel país, dado por una literatura caricaturesca, que a través de impropiedades, prejuicios se impide, sin mostrar lo desagradable de las cosas.

Hay un tipo de mujer alemana, gruesa y fresca, ingenua y casi ruda — la que vemos en Amsterdam o en casi toda la campaña;—pero hay otro que representa a la gran mayoría de las clases de aquel país, y que por su comprensión, por sus estudios y por sus nobles preocupaciones puede figurar en un primer puesto en el mundo.

Se ha llegado a decir que las mujeres alemanas eran incapaces de responder con sus sentimientos a la romántica belleza del Rin o al dulce acento de una balada de Heine, y nada más falso. Por su hermosura, su gracia ingenua y la honda poesía de su alma, es la figura encantadora que simboliza el paisaje o anima las estrofas del poeta. Hay en ella una cierta tristeza como las brumas del paisaje, que le da una gran fuerza sugestiva de emoción. Para el extranjero, París es la locura viçiosa, que lo atrae como un torbellino; mas Berlín es la dulzura sentimental que conmueve las fibras más íntimas de nuestro ser, produciendo su recuerdo una nostalgia incomparable, como si allí hubiésemos querido suspender embobados el curso de la vida.

En tiempos de paz la mujer alemana intervenía en todos los órdenes de la vida, siempre como mujer, sin el absurdo de querer inmiscuirse en la política y otros extravíos, sino llevando su sensibilidad a las universidades y laboratorios, al arte y sobre todo a la

vida práctica, contribuyendo a formar un verdadero hogar ayudando al compañero de su vida en su profesión, estudiando sus cosas para darle en un momento necesario una luz salvadora. Además su cultura le permite moverse con entera libertad dando a la existencia ciudadana un encanto especial, una nota alegre y graciosa que falta a las ciudades en las cuales todavía la mujer es un animal doméstico, una carga para el hombre en momentos difíciles, ciudades con un carácter incompleto.

Así con esta otra concepción de su personalidad, de lo que debe ser en el mundo actual al estallar esta guerra horrosa que hace temblar los cimientos de la humanidad, ha podido dar una prueba de lo mucho que ella vale, de lo enorme de su significado en la vida del pueblo, y ha podido darse con emerge y aliento a la salvación de su raza, demostrando su superioridad, la ausencia de egotismo y la bondad de su carácter.

Todas las mujeres alemanas, desde la de encumbrada sociedad hasta la humilde obrera, todas contribuyen en estos momentos, en la medida de sus fuerzas al triunfo de su nación, dando las más grandes pruebas de abnegación, de heroísmo, de sobriedad, verdaderamente incalculables. Ante el dolor silencioso de las mujeres alemanas, que con la vista fija en el triunfo de su patria, saben ahogar el terrible grito de angustia que les arrancaría la tragedia, ante esos delicados seres que hacen prodigios de energías por su causa, deben inclinarse todos, respetuosos.

En las oficinas, los talleres y las fábricas, ellas ocupan los puestos de sus esposos, padres o hermanos que están en las líneas de fuego o que acaban de morir. Y los desempeñan con un acierto extraordinario. Otras ocupan puestos inferiores, según su categoría y su resistencia física. Ellas están en los tranvías, coches, carros, en los cafés y restaurantes; ellas cuidan a los heridos en la ciudad; ellas, en fin, lo hacen todo.

En las clases elevadas, las mujeres que pertenecen a la aristocracia contribuyen también, rompiendo toda diferencia, convencidas de que todas deben aportar su esfuerzo; de que, antes que aristócratas, son alemanas; que todas forman al pueblo y que todas son iguales en estos momentos en que se trata, sobre todo, de la suerte del imperio.